

# Trovador de la triste figura

El cantante y compositor murió ayer, a los 51 años, a causa de un cáncer de pulmón. Desde 1978, con Nacha Pop o en solitario, **sus canciones han sido uno de los grandes tesoros de nuestra música popular**

POR **MANUEL DE LA FUENTE**

MADRID. El sitio de su recreo ya no está aquí, está por ahí arriba, entre ángeles en chupa de cuero y zapatillas de baloncesto, y la chica de ayer (ya va siendo anteayer para nosotros los de entonces, que nunca seremos los mismos, ¿verdad Antonio?), aquella punkie de sol, espiga y deseo, aquella nuevaolera de nieve, huracán y abismos, bebe hoy y olvida en el Penta del cielo por él, por Antonio, cantante, compositor y poeta, cuerpo (escaso) y alma (gigantesca) del pop-rock español. Brinda porque hoy no es un día cualquiera aunque sepamos qué hora es, la hora en que volvemos a quedarnos huérfanos, como con Enrique Urquijo, con Carlos Berlanga.

Antonio Vega, apenas cincuenta y un años, media movida, media historia de nuestro rock and roll de su puño y letra. Y qué letra. Antonio se dejaba llevar, se dejaba llevar por ti, por mí, por cualquiera que abriera las puertas de su mundo, ese mundo donde nos llevó la imaginación, la imaginación de aquellos años ochenta, cuando todo, tam-

bién lo malo y lo peor, estaba por descubrir. Antonio se dejaba llevar, y mientras, durante treinta años, escribía canciones (la última «Antes de haber nacido», estrenada en Bilbao hace dos meses), dibujaba, hacía fotografías, actuaba, preparaba un libro («Y si pongo una palabra», a punto de editarse), dejaba que ella pusiera sus manos en su pelo y luego te dejaba el corazón en parihuelas, el alma en bancarrota con un estribillo y cuatro acordes. Cuatro acordes que ayer reinventaba entre las nubes de las que a veces era tan difícil hacerle bajar.

**En la constelación de Orión** Silencio, brisa y cordura durante medio siglo dieron aliento a su locura, y ayer una grave dolencia pulmonar se lo llevó desde el madrileño

**Antonio te dejaba el corazón en parihuelas, el alma en bancarrota, con sólo un estribillo y cuatro acordes**

Hospital Puerta de Hierro, hasta la constelación de Orión, acurrucadito ya para siempre junto a Marga.

Antonio y Nacho García Vega, sangre de su sangre, hermano más que primo, reventaron la banca del nuevo pop español con Nacha Pop en 1978, un grupo que fue todo estilo en el fondo y en la forma, sobredosis de magia y precisión. Nacha aguantó apenas diez años sobre los escenarios de la movida, los justos y necesarios para dejar atrás canciones que ya son leyenda, que fueron rellenando los huecos vacíos de la estantería de nuestros sentimientos, desordenando la habitación de nuestra adolescencia: «Atrás», «Nadie puede parar», «Cita con el rock and roll», «Una décima de segundo», «No se acaban las calles».

No, no se acaban las calles, no terminan de pasar, ni siquiera hoy, Antonio, que aparecen tan vacías, sin apenas tu sombra vagabundeando por los garitos de la noche y de la vida, con la guitarra al hombro, que con el tiempo abultaba más que tú, guitarra en la que cada noche seguías revolviendo el tiempo con el café, currándotelo a pesar de todo y a pesar de tus pesares, lucha de molinos, lucha de gigantes, tú, trovador de la triste figura, de los de melodía en astillero, delgado como el hi-

**Gabriel Albiac**

Filósofo



## YA NO ES AYER

La Chica de ayer se te cruzaba en cualquier sitio. Tú ya ni la reconocías. Porque las chicas eran infinitas y el ayer se perdía en cada instante. Años ochenta. Fueron tiempos extraños. Un paréntesis. Todo iba a acabar, en cualquier momento, por retornar al orden, y había que apurar aquel caos que ni siquiera estábamos muy seguros de haber merecido. Para los más jóvenes, fue la invención del

mundo. Los que pasábamos la treintena, lo sabíamos ocaso. Pero ya se sabe que no hay que dar oído al de más de treinta. Así que nos callábamos y hacíamos el bestia. Y claro que era «demasiado tarde para comprender», pero nadie tenía la menor intención de dejar de jugar y retornar a casa: le podían ir dando a la jodida casa. Y al retorno. Nuestro billete era de ida. Sólo. Eso decíamos. Y para demasiados, fue cierto.

Veníamos de un tiempo gris e ilimitado: nuestras vidas. Y en los conciertos de rock and roll hacíamos como que íbamos a otro. No íbamos a ninguna parte: eso era lo estupendo. Luego, todo retornaría a un nuevo fundirse en gris: ahora. Fueron tiempos extraños y urgentes. Tocaba divertirse. A toda prisa. Antes

de que alguien pitara el fin de aquel no previsto recreo. Tocaba divertirse. Fue feroz. Y no podía salir gratis. Nos trajo inteligencia y destrucción, a partes iguales. Antonio Vega hiperboliza esa ecuación. No fue el único. De los que, como cantarían Neil Young, arrieron en una sola llamarada antes de ser horadados por la insomne herrumbre, todos tenemos nuestro panteón privado. Alguno deslumbrante; anónimos los más.

Amí ayer, al saber la muerte del chaval al cual vi actuar con Nacha Pop, vete a saber en cuál de los tugurios de aquellos días, me vino la imagen del más fulgurante de los de mi edad, Eduardo Haro; de los primeros en irse. Madrid era una juerga. Y una trampa. Bellísima y sin salida.



Antonio Vega, la mirada más intensa del pop español